

GÉNOVA Y LAS MÚLTIPLES CRISIS DE LA GLOBALIZACIÓN

Walden Bello

Génova es un nombre asociado con la aparición del capitalismo en Europa hace seis siglos. Ahora, Génova puede convertirse en símbolo de la crisis de la globalización corporativa

El asedio que miles de manifestantes están planificando realizar alrededor de la cumbre anual del Grupo de los Ocho (G8) que tendrá lugar en esa histórica ciudad durante la tercera semana de julio, se ha vuelto emblemático del estado de asedio global que ahora rodea a las instituciones claves de la economía y de la política global.

El contexto histórico de la reunión es que en menos de una década, el sistema global capitalista ha pasado del triunfo a la crisis. En momentos en que el mundo se encuentra al borde de una recesión profunda, nos convendría analizar algunas de las dimensiones claves de esta transición histórica, es decir las múltiples crisis que sacuden el proyecto globalista.

La última década del siglo veinte empezó con el colapso resonante de las economías socialistas de Europa del Este y mucha bulla triunfalista sobre el génesis de una economía global impulsada por el mercado que dejaría obsoletas a las fronteras y que rodaría gracias a los avances en la tecnología informática. Los agentes claves de la nueva economía global fueron las empresas transnacionales, que se presentaron como la encarnación de la libertad del mercado debido a su mayor capacidad para lograr la más eficiente combinación de: tierra, mano de obra, capital y tecnología.

A mediados de la década nació la Organización Mundial del Comercio (OMC) que fue pintada por los militantes de la globalización como la manera de proveer el andamiaje legal e institucional de la nueva economía global. Al crear un sistema global que radicaba en las reglas basadas en el principio primordial de un comercio más libre, la OMC serviría como el catalizador de un proceso económico que rendiría el mayor beneficio para el mayor número de gente. Fue el tercer pilar de una Santa Trinidad, que serviría como guardián de un nuevo orden económico, en conjunto con los otros dos, el Fondo Monetario Internacional que promovería un flujo de capitales cada vez más libre, y el Banco Mundial que supervisaría la transformación de los países en desarrollo según la receta de libre mercado, y manejaría su integración en la nueva economía mundial.

La Crisis del Multilateralismo

Sin embargo, aún cuando los profetas de la globalización hablaron de una creciente caducidad de los estados nacionales y la irrelevancia cada vez mayor de los intereses nacionales, el beneficiario principal del orden global Post Guerra Fría fue EE.UU. Aunque supuestamente fue un mecanismo de libre comercio, los acuerdos principales de la OMC promovieron un monopolio para las empresas estadounidenses: El Acuerdo sobre Los Derechos de Propiedad Intelectual Relacionados con el Comercio consolidó el dominio de las empresas de EE.UU tales

como Intel y Microsoft sobre las innovaciones de alta tecnología, mientras el Acuerdo sobre Agricultura institucionalizó un sistema de competencia monopólica por los mercados de terceros países, entre los intereses agro-industriales de EE.UU. y la Unión Europea.

Cuando la crisis financiera asiática hundió a países vistos por muchos miembros de las élites políticas y empresariales de EE.UU. como los competidores más formidables de EE.UU, Washington no intentó salvar a las economías asiáticas con la promoción de políticas de expansión. Más bien, utilizó al FMI para que desmonte las estructuras de un capitalismo asiático asistido por el estado, lo que era considerado como barrera importante a la entrada de bienes e inversiones de las transnacionales estadounidenses que por años clamaron ferozmente por su pedazo del "Milagro Asiático". Fue menos un asunto de creer en la repartición de los supuestos beneficios del libre comercio, que maximizar las ventajas geo-económica y geo-estratégica, la verdadera razón del apoyo de EE.UU a las políticas del FMI, Banco Mundial y la OMC. Como señaló Chalmers Johnson, no es difícil creer que el comportamiento oportunista de Washington durante la crisis financiera asiática reflejó el hecho de que "al haber derrotado a los fascistas y a los comunistas, EE.UU ahora busca derrotar a sus últimos rivales para el dominio global: las naciones del Este de Asia, que aprovecharon de las condiciones de la guerra fría para enriquecerse"[\[1\]](#)

La estrategia preferida de EE. UU. para alcanzar sus intereses durante la mayoría del período Post Guerra Fría fue actuar bajo una capa multilateral, ya sean las instituciones Bretton Woods, las Naciones Unidas, o el Grupo de los Ocho, quienes le proveyeron el marco para el "liderazgo hegemónico". No obstante, cuando estas instituciones obstaculizaron los intereses de EE.UU éste no vaciló en actuar de forma unilateral. Así fue, y cada vez con más frecuencia, durante los años 90, al eliminarse los incentivos para el comportamiento multilateral por la competencia Soviética.

En lo que tuvo que ver con la ONU, quedó de manifiesto el uso instrumental de las agencias multilaterales. Mientras utilizó a la ONU para cubrir su política de aislamiento a Iraq, al mismo tiempo Washington negó a la ONU el pago de sus cuotas por no haberse sometido plenamente a la política estadounidense. Y cuando no pudo lograr un mandato a través de la ONU, simplemente la ignoró y empezó a trabajar a través de instituciones más flexibles, por ejemplo cuando utilizó la cobertura de la OTAN para realizar el bombardeo a Yugoslavia durante el conflicto en Kosovo.

El G8 (entonces G7, sin Rusia) surgió en la década de los setenta para proveer un mecanismo de toma de decisiones más multilateral entre los países capitalistas más avanzados, en particular en materia económica. Pero, especialmente bajo la administración actual de George W. Bush Washington ha tomado un rumbo unilateralista que ha acarreado agudos conflictos con otros miembros sobre los aspectos candentes de Cambio Climático, la Defensa Anti Misiles, y la reconciliación entre los dos Coreas. El brusco abandono de un acuerdo negociado con mucha dificultad, el Protocolo de Kyoto sobre Cambio Climático, señala un histórico punto

bajo en el comportamiento unilateral, y no se puede subestimar su contribución a erosionar la alianza entre EE.UU y la Unión Europea que ha servido como base de la hegemonía occidental durante los últimos cincuenta años.

La Crisis de Legitimidad

Una creciente dependencia del unilateralismo por parte de EE.UU y su manipulación descarada de los mecanismos multilaterales para lograr la hegemonía, fue una fuente clave de la crisis de legitimidad que empezó a afectar al orden global a finales de los noventa. Pero, tan importante como esta erosión del multilateralismo como fuente de deslegitimación, es la comprensión generalizada de que el sistema no pudo cumplir con su promesa. Y que el sistema no haya dado prosperidad a todos, sino apenas la ilusión, fue algo conocido desde hace tiempo por algunos observadores. Sin embargo, la realidad de la creciente pobreza y desigualdad global fue neutralizada por las altas tasas de crecimiento y prosperidad en unos pocos enclaves de la economía mundial. Por ejemplo, el Este de Asia durante los años 80, donde las tasas fueron tomadas (equivocadamente) como parangones del desarrollo alineado con el mercado. No obstante, cuando colapsaron esas economías, en 1997, salieron a la luz del día las locuras de la economía neoliberal. Todas las explicaciones de que esa crisis fue el resultado de un capitalismo clientelar, no pudieron encubrir el hecho de que fue la liberalización de los capitales especulativos de las restricciones regulatorias, en mayor parte debido a la presión del FMI, la que provocó el colapso asiático. El FMI también fue examinado severamente por haber impuesto programas draconianos sobre las economías asiáticas luego de las políticas de crisis que sólo aceleraron la contracción económica, salvaron a la banca y a los inversionistas especuladores extranjeros, y reestructuraron las economías según el "patrón americano".

El papel del FMI en el Este de Asia provocó un nuevo análisis de su rol en imponer los programas de Ajuste Estructural en muchas partes de Africa, el Sur de Asia, y América Latina durante los años 80, y el hecho de que, como en Asia, estos programas exacerbaron el estancamiento, ampliaron la desigualdad, profundizaron la pobreza. Tanto así, que el FMI, en un esfuerzo desesperado por limpiar su historia, cambió el nombre de la Facilidad del Fondo de Ajuste Estructural Extendido (ESAF en inglés) por la Facilidad para el Crecimiento y la Reducción de la Pobreza, antes de la reunión anual Banco Mundial/FMI en Washington en septiembre de 1999.

La crisis financiera asiática provocó la desintegración de la legitimidad del FMI. En el caso de la OMC, la situación se tornó más dramática aún. En los últimos cinco años de la década, cada vez más gente y comunidades se dieron cuenta de que al adherirse a la OMC, firmaron una especie de carta de dominio empresarial que veneraba lo que el conocido activista de los consumidores, Ralph Nader, llamó el principio de "comercio uber alles", o comercio corporativo por encima de la equidad, la justicia, el medio ambiente, y casi cualquier cosa importante para nosotros. Muchos países en desarrollo descubrieron que al unirse a la OMC cedieron sus derechos al desarrollo. Las muchas corrientes de descontento y oposición se juntaron en las calles de Seattle, y las salas de reunión del Centro de

Convenciones de Seattle, en diciembre de 1999, para rebatir la Tercera Reunión Ministerial y desencadenar una severa crisis institucional que todavía mantiene en vilo a la organización.

El Banco Mundial, bajo el liderazgo del australiano transformado en estadounidense, James Wolfenshon, pareció tomar un rumbo que le permitiría escapar de los daños sufridos por sus instituciones hermanas, hasta que ésta también se encontró bajo fuego a principios del 2000 por parte de una fuente inesperada: la Comisión Meltzer. Desde que asumió el manejo de la organización a mediados de los años 90, Wolfensohn logró relativizar las críticas a través de un trabajo de relaciones públicas muy eficiente y la cooptación a Organizaciones No Gubernamentales. Pero cuando las críticas de gente de izquierda fueron repetidas por una comisión creada dentro del Congreso de EE.UU., el juego terminó. La Comisión, encabezada por el académico conservador Alan Meltzer, concluyó que en cuanto a su objetivo declarado de eliminar la pobreza a nivel mundial, la actuación del Banco fue miserable y que sería mejor encargar la tarea a cuerpos regionales.

No debe sorprender que ante las críticas de la izquierda y de la derecha, haya una retórica sobre la reforma del sistema multilateral en las agencias multilaterales y los gobiernos del G8, que son sus auspiciantes más poderosos. La cancelación de la deuda, una nueva arquitectura financiera global, y la reforma de la estructura de toma de decisiones en la OMC y en los gemelos Bretton Woods, constan entre los aspectos de alto perfil que crearon expectativas de cambio.

En la mayoría, estas iniciativas han resultado decepcionantes, con poca acción concreta. La más prominente iniciativa de reforma, el plan del G8 de aliviar el servicio de la deuda externa de los 41 países pobres altamente endeudados (los HIPC), en realidad sólo rindió una reducción de mil millones desde que empezó en 1996 – es decir una reducción en el servicio de su deuda de sólo 3% en cinco años!

En lo que tiene que ver con la arquitectura financiera internacional, se ha evitado una discusión seria sobre los controles al capital especulativo, como es el impuesto Tobin. Un FMI no reformado sigue al centro del “sistema de apagar incendios”. Una línea de crédito preventiva del Fondo (que ningún país quiere utilizar), y un Foro de Estabilidad Financiera sin dientes – en el cual hay poca participación de los países en desarrollo – parecen las únicas “innovaciones” que emergieron de las crisis asiática, brasileña, y rusa, de los últimos tres años.

Supuestamente el G8 iba a liderar la reforma de las estructuras de toma de decisiones de las instituciones multilaterales que establecen las reglas y manejan el capitalismo contemporáneo. Sin embargo, la discusión sobre cómo democratizar la OMC se desvaneció, y según el Director General, Mike Moore, el poco transparente sistema de “consenso” que desencadenó la revuelta de los países en desarrollo, en Seattle en diciembre 1999, es “no-negociable” [\[ii\]](#) Y en cuanto al FMI y el Banco Mundial, ya no existe discusión sobre la posibilidad de quitarles el poder de voto a EE.UU. y la Unión Europea para favorecer a los países en desarrollo, menos aún

eliminar la práctica medieval de siempre de seleccionar un europeo para encabezar el Fondo, y un estadounidense para liderar el Banco.

La Corporación bajo la lupa

A finales de la última década del siglo veinte, se evaporó el triunfalismo que caracterizó a los inicios de la década, lo que dio paso a una profunda crisis de legitimidad del orden multilateral. Esta crisis, además, se tradujo en una creciente incomodidad global respecto al principal actor de la globalización: la corporación multilateral.

En los años 90 varios factores se juntaron para enfocar la atención del público en la corporación – los más extraordinarios de estos fueron: las prácticas depredadoras de Microsoft; las depredaciones ambientales de Shell; la irresponsabilidad de Monsanto y Novartis en promover los organismos genéticamente modificados (transgénicos); la explotación sistemática de la mano de obra sumamente barata por parte de Nike; y el encubrimiento por parte de Ford, Firestone y Mitsubishi, de defectos serios en sus productos. El sentido de emergencia ambiental también se difundía a inicios del siglo 21, y para un creciente número de gente, fue posible ver la causa del rápido deshielo de las capas polares en las políticas de las grandes empresas petroleras, en la promoción continua de una inestable civilización petrolera por parte de las grandes empresas de autos y, en un sentido más general, en el proceso de crecimiento descontrolado impulsado por las corporaciones transnacionales.

Irónicamente, en EE.UU fue durante el apogeo de la Nueva Economía cuando la desconfianza en la corporación alcanzó su nivel más alto en décadas. Según una encuesta realizada por Business Week, “72 por ciento de estadounidenses dicen que las empresas ejercen demasiado poder sobre su vida” [\[iii\]](#). La revista advirtió “América Corporativa, ignora estas tendencias a su riesgo” [\[iv\]](#).

Algunos de los miembros más iluminados de la élite global tomaron estas advertencias en serio, y su reunión anual en Davos, Suiza, se convirtió en el espacio para elaborar una respuesta que iría más allá de la fracasada estrategia de negar que la globalización corporativa creará problemas tremendos, y para promover una visión de la “globalización con compasión”. No obstante, la tarea fue descomunal, porque se volvió cada vez más evidente que en un mercado global sin regulación, fue cada vez más difícil reconciliar las demandas de responsabilidad social con las demandas de rentabilidad. Lo mejor que una “globalización con conciencia” podría ofrecer es, como admitió el conocido promotor de la globalización, C. Fred Bergsten, un sistema de “redes tradicionales de seguridad ... para ayudar a ajustar el trastorno” y “habilitar a la gente para que aproveche del fenómeno (de la globalización) y vaya con él en vez de oponerse a él” [\[v\]](#)

El Nexo Estratégico

El poder de las corporaciones es una dimensión del poder global. Pero existe un poder estratégico de iguales consecuencias, que más que el poder corporativo, se concentra en EE.UU. No se puede presumir, como en el marxismo ortodoxo, que el poder estratégico esté determinado por la dinámica del control corporativo. No se puede presumir que el estado de EE.UU sea un simple sirviente de los intereses de

las corporaciones de ese país. Efectivamente, en Asia el motivo principal de la política de EE.UU ha sido la extensión estratégica antes que el expansionismo corporativo, por lo menos hasta mediados de los ochenta. Y en el caso de China, el deseo del capital estadounidense de explotar el mercado chino ha discrepado con cada vez mayor frecuencia con el Pentágono, que ve en China un enemigo a ser interceptado en vez de asistido por capitales occidentales que lo convertirán en una verdadera amenaza. De hecho, en muchas instancias puede ser que el poder corporativo y el poder estatal no están sincronizados.

Dicho esto, un objetivo primordial del estado militar estadounidense transnacional muy bien instalado en Asia del Este, en Oriente Medio, y Europa, y que proyecta su poder sobre el resto del planeta, es el mantenimiento de un orden global que asegure la primacía de los intereses económicos de EE.UU. Puede ser que el columnista del New York Times, Thomas Friedman, se equivoque sobre los impactos benéficos de la globalización, sin embargo, tiene toda la razón cuando asevera que:

La mano invisible del mercado nunca funcionará sin un guante escondido. McDonalds no puede prosperar sin McDonell Douglas, el diseñador del avión F-15 de la Fuerza Aérea de EE.UU. Y el guante invisible que mantiene a salvo el mundo para el florecimiento de las tecnologías de Valle Silicona se llama el Ejército, la Armada, la Fuerza Aérea, y el Cuerpo de Marines de EE.UU. [\[vi\]](#)

Con la creciente ilegitimidad de la globalización corporativa, y la brecha cada vez más grande entre la minoría próspera y una mayoría cada vez más marginada, la intervención militar para mantener el estatus global se convertirá en un aspecto constante de las relaciones internacionales, sea que ésta se justifique en base a la lucha contra el narcotráfico o el terrorismo, la contención de los estados “peligrosos”, la oposición al “fundamentalismo islámico” o la contención a China. No obstante, no es posible decir que la estructura militar hegemónica de EE.UU padece de una crisis de legitimidad tan profunda como la que afecta a los procesos y a las instituciones de la globalización corporativa. La estructura militar estadounidense permanece sólidamente enraizada en Europa y Asia, por una razón ideológica: el profundo temor de las élites europeas y asiáticas de que, sin la actuación de EE.UU como “hegemón benévolo”, ellas solas no pueden generar órdenes regionales que garanticen la paz entre sí.

De todas maneras, este sentimiento no es tan fuerte como antes. El colapso del poder soviético creó la condición para que los aliados de Washington re-evalúen el rol del poder de EE.UU. Han aumentado las dudas ante la insistencia del Pentágono de construir un sistema de defensa anti misiles - más contra enemigos potenciales que reales- mientras prepara una nueva cruzada de guerra fría contra China. Efectivamente, estos acontecimientos abrieron los ojos de muchos aliados de Washington sobre el hecho de que la mayor amenaza para la seguridad de ellos ahora puede ser Washington mismo.

La Degeneración Democrática

Sin embargo, no es el poder militar o corporativo la mayor fuerza de EE.UU sino, siguiendo el pensamiento del italiano Antonio Gramsci, el poder ideológico – su

“poder suave” . Estados Unidos es una democracia Lockean, y su habilidad de proyectar su misión como la extensión de sistemas centrados en elecciones libres para escoger gobiernos cuyo objetivo es la promoción de los derechos y libertades liberales, sigue siendo una importante fuente de legitimidad en muchas partes del mundo. La tendencia en el Tercer Mundo de abandonar los regímenes autoritarios a cambio de democracias formales resultó a pesar de EE.UU., antes que por su causa. Pero, en particular bajo la administración de Clinton, Washington aprovechó exitosamente los vientos democráticos, y en el proceso proyectó la imagen de opositor a las dictaduras en vez de partidario de los regímenes represivos. Sin embargo, durante los últimos años las democracias estilo Washington o Westminster – o como William Robinson las llamó “poliarquías”[\[vii\]](#) – con su enfoque en los derechos y elecciones formales y su sesgo contra la equidad económica lograda a través de medidas como la redistribución de recursos e ingresos – degeneraron en sistemas políticos cada vez más estancados y polarizados como los de Filipinas, Brasil, y Pakistán. El Banco Mundial y el Banco Asiático de Desarrollo hablan continuamente de la plaga de la corrupción en los países en desarrollo. No obstante, la corrupción más profunda es la que está empotrada en las estructuras políticas y económicas que sólo son superficialmente democráticas pues son pervertidas por las realidades de la inequidad económica, que es la mayor preocupación de la vasta mayoría de gente del Sur. El estancamiento de los sistemas democráticos liberales del Tercer Mundo sucedió al mismo tiempo que un número cada vez mayor de estadounidenses comprendió que su democracia liberal está tan corrompida por la política del dinero de las corporaciones que merece ser designada como una plutocracia. De hecho, señala William Pfaff, “en ninguna parte existe algo de la escala del sistema Americano de gastos e influencia políticos”[\[viii\]](#) El hecho de que el candidato más favorecido por las Grandes Corporaciones perdiera el voto – y según algunos estudios el voto electoral también – y aún así logró la presidencia de la democracia liberal más poderosa del mundo no ayudó a apuntalar la legitimidad del sistema político de un país que muchos observadores han descrito como ya metido en “una guerra civil cultural”

También existe una creciente crisis relacionada con el gobierno democrático en Europa, en parte debido a que los partidos políticos son cada vez más cautivos de los intereses del dinero, como demostró el caso de Helmut Kohl y el partido Demócrata Cristiano de Alemania. Pero existe otra causa, que es el proceso poco transparente utilizado por las élites tenocráticas aliadas con las élites corporativas en nombre de la integración y regionalización europea, para erosionar el principio de subsidiaridad. Esto lo hacen canalizando el poder efectivo de la toma de decisiones hacia las estructuras tecnocráticas que permanecen fuera del control de los votantes, y en cuya cumbre se encuentra la Comisión Europea.

La Crisis de Sobreproducción

Desde el punto de vista de las élites del Norte, lo que hace tan volátil a la crisis de legitimidad de las instituciones claves del sistema económico y político global, es la

manera en que ésta se cruza con la profunda crisis estructural de la economía global.

Nació el G8 para coordinar las políticas macro económicas de los países ricos y navegarlas entre la Scylla de la inflación y el Caribdis del estancamiento. Sin embargo en los últimos años resultó difícil sincronizar las iniciativas fiscales y monetarias, y la poca cooperación que se alcanzó no logró sacar a Japón de su recesión de una década, o evitar el inicio de una nueva recesión global.

La razón de por qué la recesión parece inmune a los mecanismos ortodoxos y monetarios, aún cuando estos se coordinan internacionalmente, es que los desequilibrios están creciendo desde hace tiempo. El auge a inicios y mediados de los noventa provocó una explosión de actividad de inversión a nivel global que a su vez conllevó a una tremenda sobre capacidad en todas partes. [ix] Los indicadores son claros. La capacidad de la industria de computadoras de EE.UU estaba creciendo en un 40% por año, muy por arriba de los proyectados incrementos de la demanda. La industria automotriz global ahora vende sólo 74% de los 70,1 millones de carros fabricados cada año. Hubo tal cantidad de inversión en la infraestructura global de comunicaciones que informan que el tráfico llevado por las redes de fibra óptica alcanza sólo 2,5% de la capacidad instalada. [x]

Visto en retrospectiva, las ganancias del sector corporativo de EE.UU dejaron de crecer después de 1997 [xi], lo que llevo a una oleada de fusiones, con el propósito principal de eliminar competencia. Las más prominentes fueron la unión entre Daimler Benz - Chrysler – Mitsubishi, la compra de Nissan por Renault, las fusiones entre Mobil – Exxon, y entre BP – Amoco – Arco, y la gigantesca “Alianza Estrella” dentro de la industria aeronáutica.

Otra avenida tomada para evitar la caída de rentabilidad industrial fue canalizar la inversión hacia la actividad especulativa, sobre todo en la bolsa y el sector de bienes inmuebles, lo que acarreó el auge y colapso espectacular en el Este de Asia en los años noventa [xii]. Fue esta misma fiebre especulativa la que durante los años noventa sostuvo al complejo Wall Street Silicon Valley que a su vez impulsó a la economía de EE.UU. como a la global. Durante algún tiempo esta “Nueva Economía” parecía negar las leyes económicas, mientras estrellas del Internet como Amazon.com, registraron una explosiva y aparentemente continua subida en el valor de sus acciones aún cuando seguían operando a pérdida.

Pero todo el discurso sobre la aparición de una nueva economía se desvaneció cuando la ley de la gravedad alcanzó al sector especulador a fines de los noventa, con el resultado de la pérdida de U.S.\$4,600,000,000,000 del dinero de los inversionistas en la Bolsa de Wall Street, una suma que, como señaló Business Week, equivalió a la mitad del PIB de EE.UU, y cuatro veces a la riqueza borrada en el crac de 1987 [xiii].

En resumen, son cada vez más claros dos aspectos de esta crisis estructural: ya no tiene que ver con un colapso “rutinario” y viene en un momento extraordinario de gran desafecto popular con el proyecto globalista y sus instituciones claves.

El Movimiento Global de Protesta

Visto así, y con la crisis de legitimidad cada vez más profunda de las instituciones principales del sistema global a finales de los años noventa, Seattle fue un cataclismo que se venía. La fuerza de la reprimida ira global siguió expresándose en Washington durante las reuniones del Banco Mundial/FMI en la primavera del 2000; en Chiang Mai Tailandia, durante la reunión anual del Banco Asiático de Desarrollo en mayo de 2000, en Melbourne durante el Foro Económico Global, a inicios de septiembre 2000, y en Praga durante la reunión del Banco Mundial /FMI a finales de septiembre 2000.

Mientras la élite global se reunía en Davos, Suiza, a finales de enero del 2001 para analizar el significado del creciente “movimiento anti globalización” unos 12,000 representantes de las organizaciones de la sociedad civil y movimientos políticos se reunieron en Porto Alegre, Brasil, para aseverar que “es posible otro mundo”. El Foro Económico Mundial encontró su némesis ideológica y política en el Foro Mundial Social. Un aspecto de Porto Alegre fue la celebración del poder del movimiento, otro fue el cobrar fuerza para el próximo paso. Ese paso tuvo como objetivo la Cumbre de las Américas en la Ciudad de Quebec, a finales de abril del 2001. Un propósito importante de la Cumbre era avanzar el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), proyecto clave de la élite corporativa de EE.UU. A pesar del esfuerzo de los medios de comunicación establecidos de pintar a los manifestantes como desinformados o anarquistas, la confrontación de Quebec, como la de Seattle, fue un contratiempo grande, en cuanto a legitimidad, para el sistema de globalización corporativa. De igual manera, el enfrentamiento de 20,000 manifestantes ocupó el centro del escenario durante la Cumbre de la Unión Europea en Gotenburgo, en Junio.

Génova es la próxima parada del expreso anti globalización

Para contener las tropas anti globalización que ahora se encaminan hacia Génova, las autoridades italianas están desplegando nerviosamente 20,000 policías y soldados, respaldados por 15 helicópteros, cuatro aviones, y siete naves. Una muestra del pánico es el anuncio del gobierno de que cerrará el aeropuerto de Génova entre el 18 y el 22 de Julio y acordonará un “área roja” en el centro de la ciudad, que estará libre de manifestantes.

Impávidos, los organizadores de la protesta dicen que traerán a Génova 200.000 personas y que definitivamente sí entrarán al área roja. A lo mejor, los manifestantes convertirán a Génova en el ejemplo más dramático del “retiro de consentimiento” masivo que está sacudiendo el corazón del sistema capitalista global.

Sin embargo, uno no debe sobre estimar el impacto de las manifestaciones hasta la fecha, ni hacerse de la vista gorda sobre sus debilidades en cuanto a una agenda compartida o la toma de decisiones. Sin embargo tampoco hay que subestimar sus consecuencias. Uno de los promotores más fervientes del Consenso de Washington, C. Fred Bergsten, ahora admite que “las fuerzas anti globalización están en el ascenso” [\[xiv\]](#). Bergsten está obsesionado por un temor “gramsciano”: las estructuras del sistema todavía lucen sólidas, pero cuando desaparece el consenso o legitimidad, puede ser sólo un asunto de tiempo antes de que las

mismas estructuras se desintegren, en particular cuando se toma en cuenta la crisis de sobre producción arriba mencionada, junto con la recesión, desempleo, e incrementos de la pobreza e inequidad que ésta conlleva.

El Futuro en Juego

Sin embargo, la crisis del sistema no necesariamente resultará en otro sistema, más benigno, de relaciones internacionales. Como mencionó visionariamente Rosa Luxemburgo, en la primera parte del siglo veinte, antes de la aparición del fascismo en una Europa plagada de crisis, que el desenlace puede ser la "barbarie", en la cual los ideales y los temas de la oposición progresista son apropiadas por fuerzas demagógicas, hostiles a la libertad, equidad y democracia. Razón por la cual es tan crítica la articulación de las alternativas o la alternativa. El gran reto de los opositores de la globalización corporativa sigue siendo la creación de estas visiones y programas alternativos centrados en un proceso participativo para crear las instituciones que de nuevo subordinarán el mercado a la sociedad, promoverían la genuina equidad entre géneros y colores, y entre y dentro de los países, y establecerán una relación benigna entre la comunidad humana y la biósfera. Del éxito de esta tarea depende el futuro que hoy pende de la balanza.

Notas

1. Chalmers Johnson, *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire* (New York: Henry Holt and Company, 2000), pág. 206.
2. Michael Moore Discurso ante la UNCTAD X, Bangkok, 15 de Febrero, 2000
3. " Too Much Corporate Power" Business Week, Sept 11, 2000, pág 53
4. "New Economy, New Social Contract", Business Week, 11 de sept,2000, pág 80.
5. C. Fred Bergsten, "The Backlash against Globalization," discurso ante la reunión de la Comisión Trilateral, Tokyo, abril 2000 (Bajado del Internet).
6. Thomas Friedman, *The Lexus and the Olive Tree* (New York: Farrar, Straus Giroux, 1999), pág. 50.
7. Ver William Robinson, *Promoting Polyarchy: Globalization, US Intervention, and Hegemony* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996).
8. William Pfaff, "Money Politics is Winning the American Election," International Herald Tribune, 11-12 de marzo, 2000, pág. 8
9. Ver entre otros análisis, Robert Brenner, "The Economics of Global Turbulence," *New Left Review* 229 (may-junio 1998) y A. Gary Shilling, *Deflation* (Short Hills, NJ: Lakeview Publishing Co., 1998).
10. "Too Much of Everything," Business Week, 9 de abril, 2001, pág. 74-76.
11. John Plender, "Falling from Grace," Financial Times, 27 de marzo, 2001, pág. 14.
12. Ravi Arvind Palat, "Miracles of the Day Before?: The Great Asian Meltdown and the Changing World-Economy," *Development and Society*, Vol. 28, No. 1 (junio 1999), pág. 40.
13. "When the Wealth is Blown Away," Business World, March 26, 2001, pág.33.
14. Bergsten, "The Backlash against Globalization."

[Walden Bello es el Director Ejecutivo de Focus on the Global South, con sede en Bangkok, Tailandia, y profesor de Administración Pública en la Universidad de Filipinas. Reproducido de Enfoque sobre Comercio, No 64, julio 2001.](#)

